FORMENTERA

LA ISLA, MUY LLANA, CON DOS LAGUNAS DE AGUA SALADA, ESTÁ FORMADO POR DOS PENÍNSULAS UNIDAS. SÓLO TIENE UN MUNICIPIO, SANT FRANCESC XAVIER, Y UNA EXTENSIÓN DE 82 KILÓMETROS CUADRADOS.

ANDREU MANRESA PERIODISTA

La luz marca cada instante y cada lugar de la isla. Nunca termina. Cuando el sol se pone, todos los faros de Formentera toman la iniciativa y recorren el horizonte alertando a los navegantes. Es una tierra difícil y bella. Por algo Julio Verne hace pasar por aquí a un personaje que da la vuelta a mundo. Afortunadamente, no hay muchas islas pequeñas y curiosas como Formentera en nuestro mar. Llana, unos le encuentran perfil de zapato de tacón y otros de hacha prehistórica. A ciencia cierta, no hay otras comunidades aisladas, de menos de mil habitantes, que hayan concentrado semejante cantidad de sociólogos, médicos y doctores sin trabajo, para encontrar, a la luz de la ciencia abstracta, obviedades y maravillas.

Los formenteranos, a lo largo de la historia, han padecido y gozado de las incidencias más o menos imperiales, de los ataques de los árabes, el comercio poco lícito, la piratería, se pasó al abandono total de la isla. Formentera, del siglo XIV al siglo XVII, estuvo abandonada. Nada podía hacerse para evitar las interesadas visitas de naves enemigas. Más adelante llegó la otra huida, hacia América. La emigración fue importante. Si existe una tierra pobre y sin agua, ésta es la Pitiusa menor. Una campesina deslumbrada por el esplendor del turismo de masas decía:

— *"Antes teníamos que ir a La Habana. Ahora La Habana ha venido aquí".*

Quizás de un modo más amable que los ibicencos del campesinado profundo de la isla, los formenteranos han entendido o aceptado mejor la revolución de los turis-

tas. No había ningún hombre en Formentera que no estuviese o hubiera estado embarcado, que no hubiera conocido mundo. La tierra no termina ni en la punta de Berberia ni en Ibiza. Utilizaban "el habla campesina" y los marineros y los agricultores, incluso los nativos que trabajan en la hostelería, se consideran "campesinos", con la conciencia de pertenecer a la tierra y a la comunidad, dispersa y diversa.

La isla, muy llana, con dos lagunas de agua salada, está formada por dos penínsulas unidas. Sólo tiene un municipio, Sant Francesc Xavier, y una extensión de 32 kilómetros cuadrados.

Tal vez Formentera tenga una de las toponimias más bellas del Mediterráneo. En verdad no es un cartel que se haya mostrado mucho, nada. Els Daus, S'Illa Negra, S'Illa de les Rates, el Malví Petit, el Malví Gros, La Esponja, S'Espalmador, El Caragolar Gros, S'Illa dels Penjats, l'Espardell, l'Espardelló, Illa de Punta Portes, Els Fraus... son algunas de las huellas más gráficas y significativas que encontramos cuando zarpamos desde el puerto de Ibiza rumbo a Formentera. No es una travesía fácil. El mar baila la zarabanda y todo el mundo sabe algo del traicionero rey Neptuno. El demonio dirige la metereología del lugar. Las incógnitas de los mudables corrientes y vientos convierten el estrecho de siete kilómetros en una frontera natural, difícil y radical. Un transatlántico italiano, confiado, surcó con su quilla las piedras y roquedales que se ocultan bajo el espejo salado. Un naufragio irónico.

J., un periodista que siempre ha ido astroso y mal afeitado, se quedó en Formentera. Hace más de treinta años se enamoró de la Pitiusa menor. Aún no había electricidad y las comunicaciones no estaban aseguradas cada semana. J. optó por el comentario de la actualidad internacional y, con una gran radio de ondas corta y larga, plantó su particular observatorio junto a una higuera inmensa que, encaramada en sus ramas, le espiaba por un ventanuco. Poco tiempo después, otro atrevido reportero colgó la sotana para ganarse la vida como ayudante de farmacia. Pau Riba rascaba su guitarra y dejaba que le creciera el pelo mientras, en cada gran fiesta, los campesinos bailaban y cantaban como les habían enseñado desde hacía dos mil años. Pese a todo, Formentera no es un paraíso. Es una intelequia.

El viento ha inclinado los pinos y las sabinas. Las viñas verdes no conocieron la filoxera y el vino, áspero y salado, es una pequeña joya, como lo son el queso y esos pescados salados al viento y al sol, colgados de un palo. Quedan pocos parajes insólitos, estanques multicolores y gente rara. Alguna campesina vestida de negro de la cabeza a los pies, con una falda larguísima y, debajo, unas humildes alpargatas de pita. Cerca puede pasar un extranjero en bicicleta, barba rubia y sombrero de paja, con "Le Monde" bajo el brazo.

En la memoria de muchos formenteranos sigue vivo el contrabando, actividad económica muy importante en la historia inmediata de las Islas. Para la iglesia no era pecado y legalmente no era un delito, es un fraude a la Hacienda Pública. Un ministro isleño, Miquel Gaietà Soler, que se enfrentó con Godoy, legalizó el tráfico de contrabando. Fue muy popular pero, cuando fue cesado, las calles se llenaron de gente y sus propiedades fueron arrasadas. Soler había amparado a casi toda su familia y amistades. El nepotismo. Así es una comunidad pequeña. Formentera tiene una vinculación familiar muy especial, endogámica, que ha sido estudiada por el antropólogo Joan Bestard. La estructura sólida, insular, arraigada, se ha servido del contrabando y del "todos a una", para busca caminos de subsistencia y progreso. La aventura nocturna y la firmeza de las pequeñas redes de actuación sólo pueden darse en lugares como éstos. El contrabando nació en la Edad Media, cuando la gente recogía sal en los charcos y estanques de agua salada de la orilla del mar, en vez de comprarla en las tiendas del rey y pagar el impuesto. En las Islas Baleares y Pitiusas incluso los poderosos curas, los canónigos de la Seo y los mosenes de lugarejos han estado en las compañías de contrabando.

De Formentera se pueden decir muchas cosas; que es una isla casi africana, que está llena de luz, que podría ser tierra de dioses y nido de piratas, pero el poeta Marià Villangómez escribió su libro lanzando al viento estos bellos versos:

Pero no quiero entender con pensa-
[mientos
el pequeño mundo que termina en For-
[mentera
y crece en la mirada y da la justa medida
de la mirada: estas antiguas Pitiusas:
la montañosa Ibiza recorrida al norte;
los Freus donde se encienden ya los faros
[en los islotes:
erecto y diferente, a su vera, el Vedrà;
la mar que también es nuestra, la mar,
[siempre la mar;
y esa Formentera de indefinible gracia,
más mar que tierra, con dos estanques
[donde cae el día.
El pensamiento inútil se retira; en los ojos
vivo, en el silencio y en los graves ecos
[profundos. ●